

Abel Alarcia

Un luchador incansable

Por Vanina Holgado

Perfiles & personajes

El escritorio de su despacho es el fiel reflejo de sus pasiones y amores. Por encima del vidrio que lo protege, están los papeles y archivos del trabajo que realiza desde hace casi 40 años y, por debajo de él, más de una decena de fotografías lo muestran rodeado de su familia, el verde del campo, los caballos de salto y los perros a quienes cuida con especial dedicación.

Abel Alarcia tiene 66 años, es contador público "por formación académica" y liquidador de seguros "por profesión", como le gusta definirse. Es un hombre sensible y muy detallista en su trabajo, cualidad que le permitió ganarse el respeto de sus clientes y colegas.

Nacido en Almagro

El 1º de diciembre de 1932, María Isabel y su esposo Facundo Alarcia, un español llegado a estas tierras a comienzos de siglo, vieron nacer a su primer y único hijo al que llamaron Abel, en una antigua "casa de altos" del barrio de Almagro. "Si bien fui criado por padres grandes, me educaron con las costumbres de aquella época, que eran bastante rigurosas. Eramos una familia humilde. Mi padre trabajaba en una de las grandes tiendas que por entonces existían en el país", comenta Alarcia.

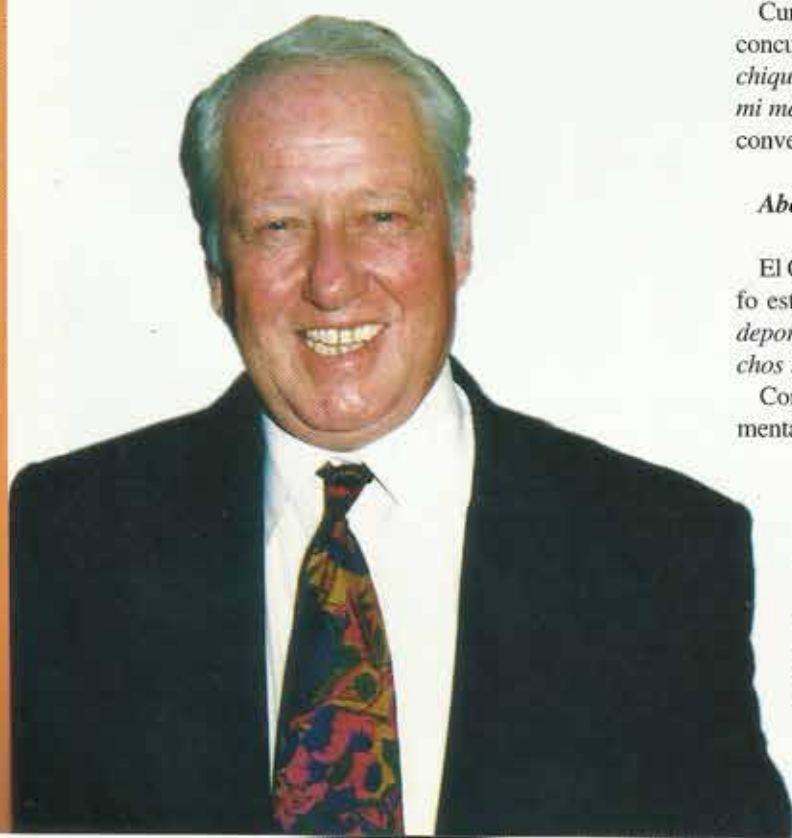
Cursó la primaria en una escuela del Estado, donde también concurría Nélide, hermana menor de su compañero Adolfo. "Era chiquitita, gordita y con trenzas... Aún tengo la imagen visible en mi memoria". Así recuerda hoy a la niña que años más tarde se convertiría en su mujer.

Abel, el "deportista"

El Comercial N° 5 fue el colegio donde Abel y su amigo Adolfo estudiaron el secundario. "En esa época, el primer y único deporte que practiqué fue el baile. Recuerdo que con los muchachos íbamos a la milonga todos los sábados y domingos".

Como en todos los "deportes", los entrenamientos eran fundamentales para mantenerse en forma. Por tal motivo, "practicábamos entre los varones. Uno de los lugares donde nos reuníamos era en el Parque Rivadavia: cuando alguien aprendía un paso nuevo se lo enseñaba a los demás, así como se hacía en la época de los compadritos".

Los bailes siguieron presentes durante los primeros años de la facultad. Siempre con Adolfo como compañero. Abel comenzó la carrera para contador público en la Universidad de Buenos Aires. Como ya había empezado a trabajar,



le quedaba poco tiempo para reunirse a estudiar; el único horario posible era por la noche. *“Generalmente nos juntábamos en lo de Adolfo y estudiábamos hasta las dos de la mañana o hasta que podíamos resistir sin dormirnos. Nélide nos servía café, y recuerdo que hubo un tiempo en el que nos peleábamos mucho”*, relata divertido. Luego, respetando la sabiduría popular que afirma que quienes se pelean, se aman, Nélide y Abel se pusieron de novios muy pronto.

Ella tenía sólo 15 años y él 18. A ella no la dejaban ir a los bailes, pero él se moría de ganas por seguir demostrando cuánto había aprendido en el Parque Rivadavia. *“Entonces, me iba con mi cuñado. Primero visitaba a mi novia a las 22:30 y arreglaba con Adolfo para encontrarnos media hora después. Era algo sagrado. Nosotros creíamos que Nélide no lo sabía, pero con el tiempo me enteré de que se quedaba toda la noche pintando hasta que oía regresar a su hermano, apagaba rápidamente la luz y se iba a dormir. Siempre sabía a qué hora habíamos vuelto”*.

Un sindicalista a la antigua

Alarcia consiguió su primer empleo pocos días antes de terminar el secundario. Todo surgió cuando el profesor de Matemática Financiera comentó en clase que el IMAR (Instituto Mixto Ar-

gentino de Reaseguros) estaba reclutando gente para cubrir distintas vacantes. Rápidamente, decidió no desaprovechar esa oportunidad: se presentó, rindió un examen y ganó un puesto como auxiliar en el Departamento de Incendios. Pocos meses después, la Marina lo reclamaba, de manera tal que partió por dos años para cumplir con el servicio militar obligatorio.

Al regresar, su empleo lo esperaba, pero había un pequeño cambio. Corría el año 1952 y el IMAR ya se había convertido en el Instituto Nacional de Reaseguros (INDeR).

Allí dio rienda suelta a sus inclinaciones gremiales. *“El sindicalismo de aquellos años –aclara-, era muy distinto al que conocimos después. Llegué a ser delegado, tarea que requería un gran esfuerzo: no sólo no teníamos ningún privilegio, sino que era una actividad adicional a expensas de nuestro tiempo libre”*.

En ese período ocurrieron dos grandes huelgas. La primera, contra la revolución de Rojas y Aramburu, y la segunda contra el gobierno de Arturo Frondizi, en el '59. *“Esta última tomó un cariz muy duro porque estuvimos mucho tiempo sin cobrar sueldos. Mi función como delegado era evitar que el movimiento se quebrara, así que cuando me enteré de que el Departamento Contable estaba reunido en un bar decidiendo si volvía a trabajar, fui a convencerlos de lo contrario. Mientras estaba arengándolos, el presidente y otras autoridades de INDeR entraron en el local. Pese a la buena relación que tenía con ellos, no tuvieron*



alternativa y me echaron”.

“A los pocos días se levantó la huelga, y todos los que habíamos quedado cesantes acompañamos al resto hasta la entrada del Instituto y allí los despedimos. Yo me enorgullezco mucho de este hecho. Cuando terminamos de saludarlos, fui con un amigo a un bar y estuvimos llorando durante casi una hora”, rememora con sincera emoción.

Los amigos de siempre

Fue así como el ya contador Abel Alarcia se encontró de un momento a otro sin trabajo, sin dinero y con una esposa a punto de parir su primer hijo. “Íbamos a comer a la casa de mi suegro porque no teníamos plata. Obviamente, tampoco podía pagar la internación de Nélica, pero hubo una salida: aunque me habían dejado cesante, aún no habían dado la baja en la obra social, de manera que llevé a mi esposa -de contrabando- al Policlínico Bancario y pudimos tener a Gabriel”.

Meses más tarde, un amigo muy querido le ofreció hacer una “changa” como contador en su estudio. Era Manuel Santamarina, por entonces asociado con Manuel Roca y Andrés Iglesias. “Con eso podía parar la olla, algo muy importante en aquel momento”, afirma.

Al poco tiempo, consiguió un trabajo estable en una bodega, donde permaneció durante un año. Al concluir esta etapa, el “Negro” Santamarina lo invitó a formar parte de la sociedad, y a partir de allí comenzó su actividad como liquidador de seguros. Estuvieron juntos durante 22 años, tiempo suficiente para alcanzar el reconocimiento de todo el sector. “Una de las claves de nuestro éxito fue trabajar incansablemente. Incluso nos llevábamos informes para escribir en casa los domingos”, explica.

En el estudio, pudo proseguir sus actividades sindicales. Llegó a ser presidente de la Asociación de Peritos y Liquidadores durante dos períodos.

Un nuevo comienzo

A principios de los '80, Abel Alarcia quiso preparar el terreno para acercar a sus hijos a la actividad. Esto lo llevó a separarse de quienes habían sido sus socios por más de dos largas décadas. “No fue una decisión fácil”, asegura, pero no dudó en hacer lo que creía conveniente para su familia.

De esta forma, se instaló como liquidador independiente de incendios y, en la actualidad, sus tres hijos mayores trabajan con él en las oficinas ubicadas en Hipólito Yrigoyen al 1600 de esta capital.

“El presente del Estudio está directamente relacionado con el desarrollo de la actividad. El mercado ha cambiado mucho, así que tenemos que adaptarnos para poder subsistir. Por ejemplo, nunca pensé que trabajaría en el mercado automotriz. Sin embargo, un buen día miré las estadísticas

y descubrí que el 50 por ciento de la plaza local provenía de este sector, y nosotros no podíamos auto-excluirnos de la actividad.”

Actualmente, el estudio Alarcia también opera en seguros técnicos, responsabilidad civil, transporte terrestre y pérdida de beneficios o interrupción de actividades, entre otros ramos.

Abel también disfruta dando charlas y cursos relacionados especialmente con las nuevas formas del seguro. Enseñar y formar nuevos liquidadores es una tarea que siempre le gustó. “Una de las particularidades de este Estudio es que ninguno de mis colaboradores tenía experiencia previa al ingresar aquí. Esto se debe a que tengo un estilo muy particular para trabajar: soy muy molesto y mi principal defecto es el perfeccionismo, cualidad que me jugó en contra en el sentido de que los costos operativos resultan muy altos al compararlos con los beneficios. Tal vez por eso —agrega, riéndose de sí mismo— tengo la obligación de seguir trabajando a esta edad para poder sobrevivir”.

El campo, una pasión

“Cuando era chico, uno de mis entretenimientos era sentarme en el umbral de la puerta y ver pasar las chatas que venían desde el puerto y, al caer la tarde, iban a descansar a los corralones que todavía existían en Buenos Aires. Estos corralones eran como un pedazo de campo dentro de la ciudad”.

A Abel siempre le habían gustado los caballos, pero nunca había podido tener uno. También amaba a los perros, y recién pudo cuidar uno a los 20 años, cuando se mudó con sus padres a una casita de Haedo.

Pero el sueño de tener un campo propio donde criar caballos y rodearse de la naturaleza aún latía dentro suyo. “Poco a poco fui adquiriendo pedacitos de tierra, y hoy tengo una quinta de 100 hectáreas en Marcos Paz, provincia de Buenos Aires”, comenta orgulloso.

“La afición por los caballos —continúa— la canalicé en mis hijos: cuando tuvieron edad suficiente, comencé a llevarlos al Club de Tiro al Seguro de Palomar, donde practicaron salto y equitación”.

Y tanta pasión tuvo sus consecuencias: Gabriel, el hijo mayor, estudió en un colegio agrotécnico; María Virginia y su esposo crían caballos de salto; Marcela es la esposa de un profesional en equitación y Pablo, el menor, trabaja en el campo.

Pero Abel Alarcia no sólo les transmitió este amor por el campo y los animales. También les enseñó, con su ejemplo, a ser personas de bien, a luchar y dar lo mejor de sí en todas las cosas que emprenden en sus vidas y a ganarse el respeto de los demás, a través de la honradez y la dignidad, tal como lo demuestra su historia de vida.

La historia de vida de un luchador incansable ☺

